



DOMINUS

CARLOS FILIPPA

Lectulandia

Un domingo que lo cambia todo. Y el lunes siguiente tratando de recomponer algo de lo que había. Matar no es tan difícil como dicen, y la impunidad parece no ser una utopía.

Domingo es una novela hiper-breve escrita en primera persona que explora miedos y fortalezas, juicios y prejuicios, acciones y reacciones.

Lectulandia

Carlos Filippa

DOMINGO

Y LUNES

ePub r1.0

carlosinchat 08.10.15

Título original: *DOMINGO*

Carlos Filippa, 2015

Diseño/Retoque de cubierta: Carlos Filippa

Editor digital: carlosinchat

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mis miedos y fantasmas. A los que me aman y ayudan a combatirlos.

Matar.

La verdad es que muchas veces fantasee con eso, pero nunca creí que realmente iba a matar a alguien. Mucho menos a dos. Mucho menos de esa forma. Uno siempre piensa en partirle la cabeza al boludo que se te cola en la fila, o clavarle la llave cruz al infeliz que no respeta prioridad en la rotonda. Todos lo hacemos. Bueno, capaz que no todos, pero muchos seguro. Pero no pasa de ahí. A lo sumo, si los dos son calentones, se bajan de los autos y se revolean bollos haciendo más aspaviento que daño.

Estoy acá mirando el techo sin poder pegar el ojo. Los médicos me dieron tres pastillas de distinto color y todavía estoy acá, mirando el techo. No es cargo de conciencia ni nada que se le parezca. Más me suena a que todavía no se me baja la adrenalina. Debe ser eso. Debe ser que todavía tengo ganas de... Tengo que tratar de dormir.

A mi lado mi mujer duerme nerviosa todavía. Se abraza a mí como hace mucho no lo hacía de noche. Al principio, los primero años, dormíamos siempre abrazados. Después nos venció la comodidad. Casi que preferimos dormir en camas separadas ahora. No es que no nos amemos ni nada, es comodidad. Pero ahora está agarrada a mí como si tuviese miedo de soltarme. Debe ser eso, también, miedo a estar sola en noches como estas.

Pienso en mi hijo durmiendo en la otra pieza. También le gustaría estar acá, abrazado a nosotros. Capaz lo traiga a nuestra cama al pobre, debe ser terrible para un chico de su edad. Capaz que está bien donde está. Si está consiguiendo dormir mejor que esté en su cama y no mariconeando en la cama de los padres. No sé qué es mejor. ¡La puta madre! ¿Por qué nos tuvo que tocar a nosotros?

Ya nada va a ser igual. Aunque lo intentemos, no vamos a poder hacer la vida que hacíamos. Y me da bronca pensar que no es nuestra culpa y, sin embargo, vamos a tener que cambiar nuestras rutinas, nuestras costumbres, nuestra forma de vida. Ya nos habíamos acostumbrado a nuestra forma de vida. Si alguien me hubiese preguntado antes de ayer, hasta hubiese dicho que era feliz sin dudarle demasiado. Acostumbrarse a una forma de vida tiene mucho de ser feliz. Eso creo yo, por lo menos.

Suena mi celular, es un *mail*.

«Movistar se pone en contacto con vos para avisarte que ya está disponible tu factura electrónica».

Miro la pantalla del celular y me acuerdo de cuando este *mail* hubiese sido lo más común del mundo. Ahora es anacrónico, sin sentido. ¿A quién carajo le puede importar eso ahora? Sí, las cuentas se tienen que seguir pagando. Sí, la vida continúa.

Pero la cabeza no puede estar ahí. No ahora. La cabeza solo puede pensar en una sola cosa: ¿Cómo carajo salimos de esta? Abro el navegador, quiero ver si los diarios dicen algo de lo de esta mañana. Quiero ver cómo titulan lo que pasó, aunque no me sirva para nada. Aunque en este momento me dé exactamente igual ser un héroe o un villano. Morbo, supongo. El mismo morbo que me hacía abrir este tipo de noticias cuando le pasaba a otros. Es increíble, pero es el mismo morbo el que me hace buscarme en los titulares. Nada, por ahora sigo siendo anónimo. Soy solo «un vecino de San Vicente». Puedo ser cualquiera. Aunque muchos en el barrio ya saben que soy yo. Muchos ya deben estar hablando de que nunca se imaginaron algo así de mí. Muchos ni siquiera saben quién soy y se llenan la boca a favor o en contra. Bueno, supongo que más a favor... Pero no todos.

Recién me llama la atención las notificaciones del *whatsapp*. Sesenta y cinco mensajes. Me acuerdo que silencié todas las conversaciones, me estaban volviendo loco.

Mucho más que los vecinos, me preocupa lo que mi mujer y mi hijo piensen de mí. Por ahora soy el héroe que los salvó, que los mantiene seguros. Pero algún día me van a mirar a la cara y van a saber que ya maté. Y se van a preguntar qué evita que lo haga de nuevo, qué evita que me convierta en lo que me convertí esta mañana. Y no van a encontrar respuesta. Y va a haber miedo en sus ojos. Si no hubiesen estado ellos hubiese sido mucho más fácil. Bueno, capaz que si no hubiesen estado ellos me quedaba en el molde. Me quedaba en el molde y esos dos hijos de puta estaban todavía vivos. ¿Por qué será que hacemos las peores cosas por las mejores causas? Solo una excusa para ser quienes realmente somos, tal vez.

No hay caso, no voy a conseguir dormir. Prendo la tele y bajo el volumen. Ésta es la primera vez en cinco años que desearía tener cable. Me busco en los canales sabiendo que no me voy a encontrar. Todavía no es noticia nacional, tal vez nunca lo sea. Por ahora los titulares están entretenidos con la goleada de River a Boca y la de Scioli a Macri. Dos buenas noticias para mí, pero no lo que estoy buscando. En otro momento no me sacarían la sonrisa de la cara por una semana, pero ahora no puedo pensar ni en fútbol ni en política. ¡Es una cagada estar así! Las cosas se me amontonan en la cabeza y soy un boludo cuando me pasa eso. Me está matando la ansiedad, debería salir a caminar un rato. Jaja ni yo me la creo. Salir a caminar un rato... Capaz que lo que sí podría hacer es bajar y zamparme algo de la heladera. Comer hasta que la mente quede en blanco. Ya lo he hecho antes, a veces funciona. Sí, capaz que haga eso. Si es que puedo desprenderme de Cristina. La pobre está agarrada como garrapata.

El domingo es uno de los pocos días en que me despierto sin la alarma del celular. Simplemente mi conciencia se activa sin necesidad de abrir los ojos. Ni siquiera duermo mucho más que todos los días, no consigo dormir mucho. Pero ya no tener el deber de despertarme es otra cosa. Y me quedo así un buen rato, con los ojos cerrados, disfrutando la falta de obligación.

Tengo la pija parada y no es de ganas de mear. Ya fui al baño a la madrugada, descargué como un caballo. Ahora tengo la pija parada de puras ganas de coger. Eso es lo otro bueno que tienen los domingos. Remoloneo un rato y me toco la entrepierna solo para confirmar lo que mis sentidos ya sabían: está dura como un fierro.

Cristina duerme de espaldas hecha un bollito. Hacer calor, así que las sábanas hace rato que están en el suelo. Me encanta cómo le quedan las tanguitas de algodón. Yo sé que no le gusta que la despierte los domingos, ella sí duerme hasta el mediodía si yo la dejo. Pero no quiero desperdiciar esta erección en una paja. Otro día lo haría, pero no hoy.

Con mi mano izquierda empiezo a acariciarle la cola mientras con la derecha me mantengo la dureza. Después de años de estar juntos yo sé que cuando puedo meter un dedo entre sus nalgas y acariciarla por sobre el algodón de la tanguita terminamos cogiendo. Si no fuéramos a coger, nunca llegaría a ese punto. Arisca, me sacaría la cola y se daría vueltas hacia mí con cara de orto. Eso significa «dejame dormir». Pero hoy saca más la cola y me deja hacer. No estoy seguro si está dormida o no. Es un juego que jugamos. Uno que a mí me encanta. Ella saca más la cola y me deja hacer. Y yo hago. Giro sobre mi costado y paso el brazo izquierdo por debajo de su cuello. Nos encanta cucharear porque mi mano izquierda y mi boca se ocupan de las terribles tetas que tiene y mi mano derecha queda libre para acariciarla, ya por delante y por debajo de la tanguita. A esta altura Cristina bufa como un animalito y se acaricia ella misma los pezones. Abre la boca para recibir mi boca, todavía con los ojos cerrados.

Tengo suerte, me digo, y no puedo seguir pensando en eso porque ella estira su mano y se aferra a mi pija. Yo sé lo que sigue. Me baja el slip y me pajea un buen rato mientras el primer orgasmo la ataca sin piedad. ¡Me encantan los domingos, la puta madre!

Cristina abre los ojos recién cuando se sube arriba mío y se sienta sobre mi pija. Está empapada, abre los ojos y me mira. No hay sonrisas, hay calentura; me mira más allá de mis ojos. Yo no soy de durar mucho cuando me coje, por eso intento llegar a la penetración con la ventaja de uno o dos orgasmos suyos. Cuando a ella lo único que le importa es hacerme gozar. Y cuando gozo me pierdo en ella, no hay centímetro de mi cuerpo que no esté ocupado en esa sensación, en esa completitud que es

descargarte dentro de la mujer que amas. Capaz por eso no escuché nada. Capaz por eso recién veo a los dos tipos cuando el más alto y oscuro agarra a Cristina de los pelos y la levanta literalmente para tirarla al piso. El otro, el más petiso ya estaba al lado mío. Me da con la culata en la frente, cerca de la sien y todo se me pone negro.

«Callate boluda» escucho gritarle. Pero no escucho que ella estuviera diciendo nada. Está demasiada confundida como para gritar, o hablar, o hacer cualquier cosa que no sea hacerse un bollito en el suelo, en el rincón.

Mientras el petiso nos apunta a mí y a ella alternadamente, el morocho grandote va a la pieza del lado y vuelve con el Mateo que no entiende nada. Le pone el cañón del revólver en la cabeza el muy hijo de puta. ¡¿Qué necesidad de ponerle el revólver en la cabeza a un nene de diez años?! Mi hijo tiene abiertos los ojos muy grandes. Me da mucha pena verlo así y no poder hacer nada para ayudarlo.

«Tranquilo papá, no pasa nada» le digo tratando de calmarlo. No me cree, no me cree, se nota en los ojos que no me cree. Ahora soy yo el que se pone nervioso. No quiero que él haga nada de golpe y al boludo se le escape un tiro. No tiene como errarle si se le escapa el tiro, la punta del cañón está apoyada en la cabeza de mi hijo.

«Tranquilo mi amor, en serio, por favor, quedate tranquilo».

Por suerte el hijo de puta lo empuja y Mateo cae de rodillas junto a su madre, que lo abraza sollozando. Ahora estamos mejor, pienso. Y no sé qué carajo quiero decir con eso.

«¡La guita, boludo, dame los dólares y las joyas!» grita el petiso y me hace gracia. Deben decir siempre lo mismo. No es que realmente se imaginen que en una casa como la nuestra haya dólares ni mucho menos joyas. ¿Quién carajo de menos de sesenta años compra joyas en tiempos como estos? Bah, por lo menos en este barrio. Me da gracia y no digo nada. Ni siquiera atino a decirle que en esta casa hay un fangote en tecnología, pero las únicas joyas son nuestras alianzas y unas criollitas que le regalamos con Mateo a Cristina para el día de la madre. «¡Los dólares, ¿no me escuchás?, sabemos que tenés guardado!». Dólares sí, pienso, dólares sí hubo en esta casa... y alguna vez muchos. En la época que estábamos construyendo. Ahora no, ni uno. ¿Cómo le digo que le erró por dos o tres años?

Amanece, al final no pude dormir ni un minuto. Es un lunes atípico, Cristina no va al trabajo ni Mateo a la escuela. No es feriado, no es eso; pero no nos animamos a salir a la calle. Mateo no había faltado a la escuela este año, estaba ilusionado con su diploma de asistencia perfecta. A la mierda el diploma, pobre. Me da mucha rabia la situación, debo tener la tensión por las nubes, debería tomar un geniol por si acaso. Aunque hace poco leí que eso de la aspirina para hacer la sangre menos espesa es un verso. ¡Qué sé yo, ni ellos se ponen de acuerdo, lo que es bueno hoy es cancerígeno mañana, la puta madre!

Cristina baja las escaleras descalza y me mira sentado a la mesa. Se acerca y se sienta sobre mis piernas y me abraza. «¿Estás bien?» me pregunta. Soy el hombre de la casa, debería tranquilizarla. «Para el orto» le contesto. Cristina me da un beso en el cuello y apoya su cabeza en mi hombro. Nos quedamos así un rato largo. «Andá a vestirme, yo preparo el mate» le digo y la ayudo a ponerse de pie. Mientras ella sube de nuevo por las escaleras pongo la pava sobre el fuego. Tenemos que recuperar mínimamente ciertas rutinas, pienso. El mate es una de ellas. Pero hoy es lunes, la rutina del lunes es otra y nos la cagaron. Suena mi celular, es mi vieja. No pienso atenderla. Ya sé lo que quiere, me lo ha dicho en un millón de mensajes de *whatsapp*. Los dos tildes azules quieren decir que los leí. Si no le contesto es porque no voy a contestarle. Tampoco el llamado. Abro de nuevo el navegador y entro a los diarios. Nada todavía. Terremoto en Nueva Guinea, tres mil muertos. Fijate si Dios se va a preocupar por los dos de ayer. Ni Dios ni los diarios, perece.

Cristina vuelve vestida con un short y una remera manga larga. A la mierda la rutina del lunes. Me da bronca verla así, pero no es culpa de ella, pobre. Ella no va a entender, está feliz de que estemos los tres sanos y a salvo. Lo que no sabe es que a salvo no vamos a estar nunca más. No quiero decírselo, no quiero asustarla, demasiado tengo con mi propia paranoia.

Me da mucha paja pensar en todos los trámites que tengo que hacer en tribunales. No tengo miedo de ir en cana, no es eso. Es que realmente me da por las bolas que la justicia sea tan poco justa, tan burocrática, tan poco práctica. Cuando las víctimas son las que son juzgadas hay algo que anda mal. Y no es por ir preso, repito, no es eso. Es porque nosotros no causamos que esto suceda. No podemos ser responsables del resultado de la acción de otros. Es como estar estacionado en la calle, una moto se estrola contra tu auto y sos vos el imputado por homicidio culposo. ¿Cuál es mi delito aquí? ¿Defenderme? ¿Yo tengo que probar que soy inocente?

«Volvé» me dice Cristina. Hace más de cinco minutos que tengo el termo en una mano y el mate en la otra y no cebé un solo mate. Cristina lo entiende, por suerte. Vuelvo. La miro. Me muero si le hubiese pasado algo. O al Mateo.

Tomamos mate con tostadas con manteca y dulce. Parece domingo, pero es lunes. En la tele el noticiero de Canal 10, siempre vemos ese canal, los otros dos son infumables. Pero esta vez hacemos un poco de *zapping*, solo para estar seguros de que seguimos siendo anónimos. En cualquier momento va a haber un circo de periodistas en nuestra puerta.

Suena el celular, un mensaje de texto.

«Los vamo matar como perros».

No es que me sorprenda, tarde o temprano iban a empezar a llegar. No quiero que Cristina lo vea. «Banco Macro» le miento. Me pregunto cómo carajo consiguieron el número. Obviamente son del barrio, o de acá cerca. Y cuando estuvimos construyendo le di mi celular a muchos desconocidos que alguna vez me limpiaron el terreno, o trabajaron en la obra, andá a saber. Uno es demasiado confiado hasta que pasan estas cosas. Pero es que siempre nos negamos a vivir de otra forma. Siempre nos negamos a vivir pensando en que todos los demás son peligrosos. Y lo que pasó ayer no prueba que estábamos equivocados, por eso no me arrepiento de haber vivido así hasta ahora. Pero ahora es diferente. No sé cómo voy a convencer a Cristina de que tenemos que seguir viviendo así. ¿Se vuelve a la normalidad? Olvidémonos de la policía y los jueces, tarde o temprano eso se va a resolver. Estoy convencido de eso. Pero digo, ¿se vuelve a dormir de noche sin pensar en que te vas a despertar con un revólver en la cabeza de tu hijo?

Cristina revisa *Facebook* en su celular. Edita su estado y pone «Me siento enojada». Me sorprende. Hubiese esperado un triste, o con miedo. Pero nunca un enojada. La miro perplejo, no parece enojada. Hay tantas cosas que no sé de ella, quince años juntos y todavía no la conozco. Como seguramente ella tampoco conocía al hombre que mató a otros dos ayer. Ahora tiene que aceptar que ese hombre también es su esposo. Capaz sea eso lo que la enoja. Y la entiendo.

Mateo baja las escaleras en *slip* y ojotas. Llora desconsoladamente. Cristina se levanta y lo abraza. «¿Qué te pasa papito?». Mateo casi no puede hablar de la angustia. «El Negro» contesta. Los dos entendemos. Tanto nos preocupamos por los dos hijos de puta menos de ayer que no nos acordamos que hubo un tercer muerto. Y para Mateo, el Negro era como su hermano.

Cristina todavía está desnuda en el rincón con Mateo en los brazos. Y yo no puedo dejar de pensar cuándo estos dos hijos de puta van a dejar de pensar en dólares y joyas y van a empezar a pensar en lo buena que está Cristina, y encima desnuda en el rincón. Algo caliente me molesta el ojo derecho. Me toco, es sangre. Me limpio con la sábana. El petiso colorado se me acerca y me pega de nuevo, cerquita del tajo. Me abre otro. «¿Te hacés el vivo. Te hacés el vivo? ¡Entrega la guita, gordo maricón!». Me agarra del brazo y me levanta, tiene fuerza el petiso. Yo también estoy desnudo, pero no pienso en eso. Pienso en cómo los convenzo rápidamente de que no tengo dólares ni joyas, que lo mejor que pueden hacer es cargar los teles, las compus y las cámaras, *tablets*, celulares en el auto y alzarse a la bosta. Trato de mantener la calma, pero en realidad no tengo idea qué decir ni qué hacer.

«Llevate todo pero no nos hagás nada» me escucho decir y no lo puedo creer. Soy más boludo de lo que creía. ¿Qué pasó con lo que armaste en la cabeza, lo de los teles y las compus? Eso era mucho más convincente. Eso hubiese sonado más seguro de vos mismo y te hubiese puesto en una posición más favorable. Les hubieses ofrecido una solución para el embrollo, en cambio lo que salió de tu boca es un lloriqueo de nene de mamá. ¡Sos un boludo! Y el petiso me lo hace saber con un tercer culatazo. Ya me duele mucho la cabeza, la puta madre...

«¡No le pegués!» grita Mateo. Cristina lo abraza y lo sostiene para que se calle. El grandote le vuelve a apuntar con el revólver en la cabeza. Y todo porque lo único que se me ocurrió decir es «Llevate todo pero no nos hagás nada». La cosa no viene bien, se están poniendo nerviosos. «Atalos en la pieza y empezá a buscar» dice el petiso. «Dejame ponerme algo» dice Cristina. El grandote la agarra del brazo y la levanta por el aire. Mateo está agarrado a ella y vuela también. El morocho los empuja hacia el pasillo. El petiso me hace entrar al vestidor. No me gusta separarme de mi esposa y mi hijo. No es que pueda hacer mucho estando con ellos, pero no saber si están bien me preocupa. Me doy cuenta de eso y me pongo más nervioso de lo que estaba. Hasta ahora había tratado de pilotearla. «Decime donde está la guita, ¡dale!» el petiso me apoya el revólver en la nuca. Le llevo una cabeza fácil al petiso, pero el revólver lo tiene él. «No hay guita acá, no hay ni oro ni dólares ni nada» le digo. No quiero empezar a darle chucherías porque se me hace que es peor. Podría darle las criollitas de Cristina. Pero si fueran chucherías lo que buscan ya hubiesen empezado por arrancarnos las alianzas. No son chucherías las que buscan. «Mirá, hay tres teles, dos compus, tres celus, dos *tablets* y dos cámaras de fotos. Llevate todo, es todo lo que hay». El petiso se sorprende por lo certero del inventario y me abre la coronilla de otro culatazo. «Vos no me vas a decir lo que hacer». Estoy chapoteando en mi propia sangre, la cabeza me explota. No doy más, quiero que acabe. «Abajo» le digo. No sé

por qué le digo «abajo», pero el petiso parece creerme. «Vamos» me dice.

Salgo de la pieza y el grandote sale de la pieza del Mateo. No sé si están bien. No sé si el hijo de puta les hizo algo. «Vamos abajo» le dice el petiso. Los dos están juntos y ninguno me apunta. Los dos están juntos al lado de la parecita que da al hueco de la escalera. Los dos van a estar juntos solamente por dos o tres segundos más. Me tiro con todas mis fuerzas, ellos no me ven venir. Abro los brazos, soy muy pesado y con poco enviñón llevo mucho impulso. Cuando los golpeo con todo mi cuerpo cierro los brazos, los abrazo como en un tackle y sigo corriendo. Cierro los ojos. Los dos trastabillan en la parecita y nos vamos para abajo. Es un solo piso, pero el golpe es tremendo. Siento los huesos de los dos quejarse bajo mi peso al rebotar sobre ellos. Ellos sobre los escalones, yo sobre ellos. A mí ya me duele todo así que me da lo mismo. Ellos están confundidos. El petiso está debajo de mí. Me arrodillo sobre él, le agarro la cabeza con las dos manos y abre grande los ojos. Se la reviento contra el filo del escalón. Los ojos quedan abiertos pero ya no me miran. Vuelvo a reventarlo contra el filo del escalón. Y otra vez. El grandote trata de incorporarse, busca el revólver que está en el piso, al lado de la cómoda. No veo el del petiso por ningún lado. Me apuro a levantarme, el grandote ya casi llega al revólver. ¿Me le tiro encima? ¿Vuelvo corriendo al primer piso? No tengo nada con qué pegarle. Me le tiro encima, no tengo otra. Salto desde donde estoy y le caigo encima, el grandote está de espaldas con la mano a centímetros del revólver. Con el empujón se golpea la cabeza con la cómoda y su manotazo no alcanza el revólver. Forcejamos. Tiene mucha fuerza el grandote, pero yo también. Forcejamos. En lo único que pienso es en matarlo. No quiero desmayarlo ni confundirlo, quiero matarlo. Estoy sobre él, tengo la ventaja. ¿Y ahora? Esto es mucho más difícil de lo que alguna vez me imaginé. No hay como hacer nada cuando estás así. La cabeza me duele un montón, en cualquier momento palmo. Pero antes este hijo de puta tiene que morir. Tiene que morir. Tiene que morir. «Ahhhhhhhhhh» grito de bronca. Una bronca gigante que me recarga. Le pego un cabezazo en la cara y siento que se le aflojan las fuerzas. Me doy cuenta de que ahora tengo suelto el brazo derecho. Estiro la mano y agarro el revólver. No tengo idea de cómo usarlo, espero que sea solo apretar el gatillo. Bam. Bam. Bam. Sí, era solo apretar el gatillo. A centímetros de la cara sigo apretando. Bam. Bam. Click. Click.

Suena el teléfono, la prima de Cristina. «El fiscal me dice que va a haber una investigación, eso no hay como evitarlo. Pero me dice que va a tratar de mantenerlo todo *low profile* para poder desestimar la imputación lo antes posible. Si se hace muy público el caso va a costar más».

«Estamos en el horno» pienso. Hay tres números de teléfono que no conozco que ya llamaron unas diez veces cada uno. Deben ser periodistas. O para amenazarme, no sé qué prefiero. No van a ser fáciles estos días. Pensar que hasta el sábado a la noche no podíamos tener una vida más normal. ¡Que lo parió, me cago en esos remil hijos de puta!

Hay dos patrulleros en sendas esquinas y un par de consignas cerca, pero no frente a casa. Y, sin embargo, el primer camarógrafo de Canal 12 ya está en nuestro portón de entrada. ¿Cómo carajo averiguaron dónde era? El puto de la cámara debe creer que es un genio y merece el *Pulitzer* por hacer unas tomas de mi ventana cerrada, pero lo único que está haciendo es decirle a los amigos y familiares de los muertos «Acá es, acá vive el que se cargó al petiso y al grandote». ¡Hijo de puta, ojalá te de un cáncer en el cerebro por sostener la cámara! Ni siquiera está el cronista, debe estar buscando algún vecino a quién entrevistar. Yo no tengo timbre, ahora me alegro de nunca haberlo instalado...

Suena el celular, mensaje de texto.

«Bien hecho ojala todos tuviéramos los huevos bien puestos como vos».

Por la forma de escribir y la falta de errores y abreviaturas es una persona grande y educada. ¡Qué mierda sabrá de tener los huevos bien puestos! Todos creen que saben lo que les pasa a los demás. Todos son expertos en sicología, sociología, criminología. La puta madre, yo creía que los argentinos sabíamos de fútbol nomás.

Mateo mira *Paka Paka* en la tele del living tirado en su *puff*. Cambió su foto de perfil del *whatsapp* por una que estaba con el Negro en el patio, abrazados y cagándose de risa. ¿Se habrá dado cuenta de que tuvo un revólver en la cabeza? Me pregunto cuándo le caerá la ficha. No hay forma de saber cómo va a reaccionar a eso. Capaz que tengamos que llevarlo a la sicóloga para que charle un poco con él, le saque lo que piensa y siente al respecto. Porque a nosotros no nos dice nada. «Estoy bien» nos dice, pero después tiene pesadillas y ataques de llanto que no sabemos de dónde mierda vienen. «Estoy bien» siempre, no se puede estar bien siempre. Sobre todo después de cosas como estas. Chiquito mío.

Ahora ya son dos los genios con cámaras en el portón de casa. Pero el de Canal 8, aparte, vino con su cronista. «Poné el ocho» me dice Cristina. Por *whatsapp* le avisaron que estaban hablando de nosotros. «Andá a ver la tele a tu pieza, papito» le digo a Mateo. Cuando empieza a subir las escaleras cambio a Canal 8. Lo primero

que me llama la atención es el zócalo de la noticia: «Justicia por mano propia». La verdad que el grandote y el petiso no hubiesen estado ni *top ten* en mi lista de ganas de matar.

«El dueño de casa habría aprovechado una distracción de los malvivientes para tomar su propia arma y ultimarlos». Otra ganadora del *Pulitzer*. No hay caso, estamos rodeados. Usan el potencial y ya pueden decir cualquier barbaridad. Si mi abuelo periodista resucitara, después de media hora de noticiero se pega un tiro en la cabeza. Menos mal que se murió en la época donde dar una noticia era una profesión y no un negocio. «No podemos afirmar que la familia se encuentre en la casa». Una buena por fin.

Esto de tener nuestra vida en pausa, en suspenso, solo observando lo que pasa a nuestro alrededor te pudre la cabeza. «¿Qué vamos a hacer?» me pregunta Cristina. Yo sé a lo que se refiere, pero me hago el boludo. «Vamos a esperar que nos llamen de la fiscalía y de ahí vemos». Ella asiente con la cabeza, sabe que la respuesta a su verdadera pregunta es «No tengo idea». La amo por estas cosas. La amo porque sabe que no soy un superhombre y, sin embargo, confía en mí para tomar este tipo de decisiones. Bueno, la amo y la odio por estas cosas. Pero la verdad es que no tengo idea de qué vamos a hacer. Ni siquiera sabemos quiénes son el petiso y el grandote. El ayudante fiscal que vino a completar el procedimiento nos dijo nombre y apellido, que tenían antecedentes, que hace poco habían salido en libertad gracias a un recurso extraordinario del juez, un tal Fernández —otro que acaba de entrar a mi lista— y no mucho más. No sabemos lo más importante, no sabemos si tienen quién los vengue. Pero capaz que nos enteremos pronto.

Suena el celular, mensaje de texto.

«Banco Macro te acerca un préstamo de \$74.000. Acercate a tu sucursal antes del 30/11 y disfrutá. Sujeto a aprobación crediticia».

Me da gracia que estos mensajes sigan llegando. Me da gracia que el mundo se afane en tratar de hacernos pensar que nada sucedió, que todo puede seguir como antes. Setenta y cuatro mil no es mucha plata, estos parásitos son peor que los periodistas. Aunque nos alcanzaría para la piletta, una chiquita. Yo también, a veces, pienso como si nada hubiese pasado. Pero son las ganas de seguir adelante, de no estancarse en la mierda.

«¡Hija de remil puta!» escucho gritar a Cristina y vuelvo mi atención a la tele. Están entrevistando a la hermana del petiso. «Mi hermano no se merecía morir así» dice el zócalo. Abrazo a Cristina y apago la tele. No hay forma de explicarle que es un negocio, un gran circo y nos tocó ser los caniches que dan vuelta en bicicleta vestidos con tutú.

«Tengo que ver si no hay nadie más» es lo primero que pienso. No sé por qué pienso eso, pero es una buena idea. Camino hasta la puerta ventana que da al patio, la única entrada de la casa. Tengo el revólver en la mano, pero no me doy cuenta de que está sin balas. La reja está reventada con un cricket tijera y la puerta forzada. Así de fácil es entrar, me arrepiento de no dejar conectada la alarma de noche. No hay nadie afuera. Salgo al patio y miro hacia la calle, tampoco parece haber nadie. Ni siquiera algún vecino curioso que escuchó los tiros. No es que estemos acostumbrados a escuchar tiros en el barrio, pero lo último que haría si los escucho es salir a ver qué pasa, pienso. Me doy cuenta de que no tienen por qué haber venido de la calle. Me fijo hacia el patio, trato de ver si hay algún indicio en las medianeras. Cerca de la que da al vecino de atrás, la que está coronada con una fila de botellas rotas pegadas con cemento, hay un bulto en el piso. Me acerco, es nuestro perro, un perro enorme. Cruza de calle con vereda, pero enorme. Un santo, si no fuera como es, como era, nunca hubiese tenido semejante bestia cerca del Mateo. Pero la verdad es que eran como hermanos. El Negro no podía ser más cariñoso con el Mateo. Nunca lo golpeó ni lo lastimó y eso que los dos jugaban como brutos. Pero a los desconocidos les infundía terror. El Negro estaba tirado en el pasto, muerto. No hay sangre, lo envenenaron seguro. No había forma de que entraran con el Negro vivo. No había forma. Pienso que debería esconderlo, taparlo o algo para que el Mateo no lo vea así. «No es tiempo de hacer esto», me acuerdo de Cristina y Mateo. Corro hacia la casa.

Subo las escaleras corriendo, tengo que saltar a los dos muertos. Con sangre propia y ajena me resbalo en el descanso y me estrello contra la pared. No hay forma de que me duela algo más, así que me levanto y sigo hasta la puerta del Mateo. Está cerrada con llave. Dónde carajo estará la llave, la debe tener el grandote. «¡Cristina, Mateo!» les grito y rompo la puerta de una patada. En realidad rompo la cerradura, porque la puerta es de madera maciza y ni se mosquea. Cuando elegimos poner puertas interiores de madera maciza nunca pensamos en que alguna vez tendríamos la necesidad de bajarla a patadas. Sobre la cama del Mateo están los dos boca abajo, con las manos atadas en la espalda con precintos y una media en la boca. Le saco la media de la boca al Mateo, siempre le costó respirar bien por la nariz. Tengo razón, estaba casi asfixiado el pobre. Le saco la media de la boca a Cristina y la beso con todas mis ganas. Ella está llorando mares. Entre mi sangre y sus lágrimas, es el beso más salado que probé en mi vida. «Ya está, ya estamos bien» les digo para tranquilizarlos. «¿Se fueron? ¡Escuché tiros! ¿Estás bien?». Asiento con la cabeza mientras pienso cómo carajo corto los precintos.

Bajo a buscar las tijeras o un cuchillo. Todavía tengo el revólver en la mano. Al bajar aprieto el botón del teclado de la alarma para llamar a la policía. Dejo el

revólver sobre la cómoda y me apuro por buscar un cuchillo en la cocina. Vuelvo a la pieza del Mateo y corto ambos precintos. Ya liberados nos abrazamos los tres. Lloramos de los nervios y el alivio. Lloramos de bronca, también.

Suena el celular en mi pieza. Corro a atenderlo.

«Buen día estimado cliente, nuestra sistema ha detectado la activación del botón de emergencia policial...».

No lo puedo creer, se supone que debía ser una señal de alarma silenciosa, estos sí que me están robando. Corto la llamada y estoy a punto de revolver el celular. Me doy cuenta y llamo al 101. Explico lo mejor que puedo la situación y doy la dirección. «Sí, todavía están acá, creo que los maté». No debería haber dicho nada, todo eso queda grabado. Qué se yo. Capaz que no importa, pero no debería haber dicho nada.

Vuelvo a la pieza del Mateo. Todavía están abrazados llorando. «Mateo, quedate acá papá» le digo, tomando a Cristina de la mano para ayudarla a pararse. «Están desnudos» nos dice Mateo, tiene razón. Vamos a nuestra pieza, Cristina se pone un *jogging* de verano y una remera manga cortas. Yo me pongo un *short* y una remera manga corta de diario, la mancho toda con sangre. No nos estamos vistiendo, nos estamos tapando. Cuando pasamos de nuevo por la puerta de la pieza del Mateo le repito «Quedate acá». No quiero que vea lo que hay en las escaleras.

Cristina sí lo ve y se tapa la boca para no gritar. Hasta ese momento ella creía que los tipos habían escapado. Abre la boca para preguntar qué pasó, pero la respuesta era bastante obvia. Me mira y asiento con la cabeza. Me abraza. La abrazo con todas mis fuerzas, me duele todo, estoy mareado. Cuando bajamos ella trata de no mirar más que lo necesario para no tropezar. Me siento en una silla del comedor, se me aflojan las rodillas. Debe ser que está bajando el filtro, perdí mucha sangre además. «Con cuidado, andá a ver si viene la policía» le pido. Cristina asiente con la cabeza y sale en dirección a la calle. «¡Papá, ¿puedo bajar? No quiero estar solo!» escucho que grita Mateo. Grita como dentro de un tubo. O por lo menos yo escucho como dentro de un tubo. Todo empieza a darme vueltas. Me zumban los oídos. Siento el golpe contra el suelo y es lo último que siento.

Suena el celular, es Tito.

«¡Boló, me enteré de lo que pasó! ¿Están bien?» me pregunta. Es bueno escuchar una voz franca en estas horas. «Para la bosta». No tengo que mentirle, de todas formas no me creería. Hablamos un rato, me hace bien. Aunque sea hablar más de lo mismo es relajante poder confiar en alguien. «Te juro que si hubiese habido diez los mataba a los diez, me convertí» se me escapó. «Más vale, boló» me dijo y yo sé que me entiende. Que no es cuestión de andar matando gente por la vida, que no es cuestión de simplificar la ecuación borrando a los que te la complican. No se trata de eso. Se trata de situaciones límites, en las que ningún hombre puede pensar en otra cosa que no sea en sobrevivir, salvar a su familia. Es como un *tsunami*, nadie se pone a pensar las consecuencias legales de robarse un auto para escapar. Se hace lo que se tiene que hacer por vos y tu familia. Después vemos. Y ahora estamos viendo. «Podés contar conmigo para lo que sea» y yo sé que no es por decir nomás. «Gracias, por ahora estamos bien» le contesto. «En serio, si quieren venir a quedarse en casa les hago un lugar». Le agradezco la oferta y le corto.

Le cuento a Cristina, ella está friendo milanesas de pollo que teníamos en el *freezer*. No salimos de la casa, hay que rebuscársela con lo que hay. Milanesas de pollo y puré instantáneo. Tomate para el Mateo, es fanático del tomate. Como decía antes, tenemos que recuperar nuestra rutina como podamos, aunque sea un lunes que no parece lunes.

Le dijimos a Mateo que no les cuente a sus amigos por *whatsapp* lo que pasó. Por lo menos hasta que pase el interés de los medios. Siempre hay alguien que puede hablar de más y decir algo que no nos beneficie. Es raro pensar así, pero es una cuestión de supervivencia también no levantar la perdiz. Por lo menos para la perdiz lo es. Me da gracia pensar en eso. No importa. Mateo nos hace caso en esos temas. En realidad nos hace caso en casi todo, es un santo. Tiene sus cosas, tiene su carácter, es hijo único y un poco malcriado. Pero es un santo.

Almorzamos en silencio, con la tele apagada. No me acuerdo cuándo fue la última vez que comimos con la tele apagada, si es que alguna vez lo hicimos. «Para la tarde puede venir el herrero a arreglar la reja» me dice Cristina. «Buenísimo» contesto, exagero. A lo sumo va a servir para que ningún raterito se meta, pero obviamente no detiene a nadie. «Tenemos que activar la alarma también cuando nosotros estamos» me dice. Yo asiento con la cabeza, no le conté del llamado de la central de alarma cuando activé la emergencia policial. No vale la pena ponerla peor de lo que está. «¿Vamos a tener otro perro?» pregunta el Mateo. «Obvio papá, ya vamos a buscar otro como el Negro».

Suena el celular, mensaje de texto.

«les vamo quema la casa asesinos».

Es difícil poner cara de *poker*. Esta vez me quedo callado, cuanto menos diga mejor. En la tele la hermana del petiso salió diciendo que el hermano tenía problemas de plata porque la ex mujer le pedía, sino no le dejaba ver a los chicos, que con lo que hacía de changas no le alcanzaba y por eso robaba. Básicamente había dejado a tres chicos huérfanos cuando le reventé la cabeza contra el filo de la escalera. La periodista la había escuchado calladita la boca toda la entrevista. Nunca le preguntó por los tres homicidios en situación de robo que cargaba el petiso, todos los huérfanos que él había dejado. Eso parece que no era importante en la nota. La madre del grandote, por el contrario, no había querido hablar mucho cuando la fueron a buscar. «Él siempre andaba en esas cosas» solo había dicho. Pero la hermana del petiso había terminado la nota con un «que sea ladrón no significa que tenga que morir como perro». Si, al perro también lo mataron como perro, pero sobre eso tampoco le preguntó la periodista.

Se está terminando el efecto del ibuprofeno y el dolor de cabeza está volviendo con furia. Extraño la morfina, la puta madre. Tengo tres tajos en la cabeza pegados con La Gotita y cubiertos con una gasa mariposa. El médico me había dicho que los había suturado, pero me los pegó nomás. Pero no es lo único que me duele. Los brazos me están matando, son los que más se golpearon cuando me tiré por la escalera. Y con el forcejeo con el grandote. Las costillas también, no tengo ninguna rota pero igual. Un ibu 600 cada doce horas me dijo el médico. Me parece que no tiene idea... Mi hermano me contó del ketorolac sublingual, pero de dónde carajo saco eso ahora. Mi hermano tiene muchos dolores de cabeza por la columna y, sin embargo, toma mucho menos analgésicos que yo. Yo soy de automedicarme, él no. Pero cuando le resulta imposible aguantarse se mete uno de diez miligramos bajo la lengua y dice que el dolor se pasa rápido. No creo que sea como con la morfina, pero debe ser mucho más rápido que el puto ibuprofeno. ¿Habrás un *delivery* de ketorolac?

Suena el celular, es la prima de Cristina. «Ya estoy acá con el secretario de la fiscalía de instrucción, te espera para la indagatoria. No te preocupes que va a ser rápido y ya arreglé que después vuelvas a tu casa. Te va a hacer traer con un patrullero, tenemos que hacer todo según el protocolo para que podamos manejarlo entre nosotros acá». La verdad es que es una suerte tener a la prima de Cristina. Me imagino la pobre gente que no tiene a quién recurrir y tiene que enfrentarse a algo así sola. No hay caso, Martín Fierro tenía razón...

Abro los ojos un poco sobresaltado. No estoy muy seguro, pero tengo la sensación de que me perdí de algo. Enfoco, me cuesta, me duele mucho la cabeza. Lo primero que veo es un rostro que no conozco, me asusto. «Tranquilo, tenés una contusión muy fuerte, quedate quieto». Tiene bata, debe ser médico, espero que sea médico, me duele mucho la cabeza. ¿Se lo dije o solo lo pensé? Parece que solo lo pensé. «Me duele mucho la cabeza» le digo. El asiente, «tenés tres o cuatro golpes muy fuertes; ya paramos la hemorragia y suturamos las heridas, pero para el dolor vas a necesitar analgésicos». A su lado hay un policía de uniforme. Me acuerdo de Cristina y Mateo. Miro alrededor, no los veo, me sobresalto nuevamente.

«Están bien, le están contando lo que pasó al otro oficial». Me tranquilizo. Me duele mucho la cabeza, tengo náuseas. Vomito y salpico los zapatos del médico y los borcegos del cana. «Será mejor que te inyecte, los comprimidos van a tardar en actuar». Me busca la vena en el brazo, lo miro hacer. Estoy lleno de moretones. En la jeringa hay un líquido transparente. «Morfina» me dice el médico. «¿Morfina?» pienso. «¿No es peligroso eso? En las películas de guerra...». Parece que el médico me lee la mente. «Es rápida y una sola dosis no causa dependencia». Tiene razón, es rápida. No termina de entrar todo el líquido y parece que ya no me duele tanto. Definitivamente ya no me duele, me relajo un poco. «¿Le puedo hacer algunas preguntas?» pregunta el policía. El médico se encoje de hombros mientras escribe en un formulario.

«Me tenés que contar todo lo que pasó» me dice. No me acuerdo, no logro acordarme qué pasó exactamente. Es más bien una sensación de que algo malo pasó y mi familia está en peligro. «No me acuerdo» contesto. El cana mira al doctor y este asiente con la cabeza. «¿Nada de nada?» me pregunta. Algo adentro me dice que no diga nada. Niego con la cabeza. «Es el shock, ya va a ir recordando de a poco» explica el médico.

Veo entrar varios tipos con uniformes oscuros y letras fosforescentes. Policía Judicial dicen las letras. Son muchos, me pregunto para qué tantos. ¿Si fuera yo el muerto vendrían todos estos? «Es al pedo precintar el lugar, hay sangre y pisadas por todos lados» escucho decir a uno de ellos. «Empecemos por las fotos y la química». Todo esto ya lo vi, es como las películas pero más básico. No hay actores, ni guión ni coreografía. Es más, el que saca fotos agarra la cámara como mi vieja, hasta el Mateo la sostiene mejor. ¿Dónde estarán Cristina y el Mateo? Quiero verlos. No me acuerdo bien qué pasó, no estaba mintiendo. Entraron dos tipos a robar, eso me acuerdo. Me acuerdo de Cristina desnuda en el rincón. ¡Me acuerdo del Mateo con el revólver en la cabeza! Me altera esa imagen de nuevo en la mente. Ah, también me acuerdo que maté, pero me callo la boca.

«Tenemos que llevarlo a la unidad judicial» le dice el cana al médico. Entre los dos me levantan de la silla, se me doblan las rodillas, pero por lo menos ya no me duele nada. Salgo al patio, hay más gente de la Judicial midiendo la medianera. El Negro, recuerdo al perro muerto en el pasto, pero ahora no lo veo. Me ayudan a caminar hacia el portón. En la parte trasera de la ambulancia veo a Cristina y a Mateo abrazados. Un policía de uniforme escribe en una libreta. Hay tres patrulleros. No, cuatro. La camioneta de la Judicial y la ambulancia. Ningún vecino debe tener dudas de que pasó algo en casa, deben estar todos cotorreando, muertos de intriga. Está bien, nosotros haríamos lo mismo. Es el morbo, sin el morbo no habría noticieros. Mateo me ve, se baja corriendo de la ambulancia y viene a abrazarme. Lo abrazo con todas mis fuerzas. «Mataron al Negro» me dice llorando. Me entra una rabia bárbara. Me vuelve, recuerdo ahora sí la rabia. Pero tampoco digo nada, trato de que no se note. «Ya sé papá, ya lo sé» le digo y aprieto más fuerte el abrazo.

«¿A dónde lo llevan?» pregunta Cristina. El policía le dice que me tienen que llevar a la unidad judicial hasta que se investigue qué fue lo que pasó. Cristina se pone como loca. «¿Cómo qué fue lo que pasó? ¿Qué quieren decir con eso? ¡Ya te conté lo que pasó!». El policía trata de contenerla, pero Cristina se suelta y viene a mi lado. «Vamos los tres» dice. Yo asiento. «Vamos los tres».

Subimos a la parte de atrás de uno de los patrulleros. No es la primera vez que estoy en la parte de atrás de un patrullero, no sé Cristina, pero seguro que sí es la primera vez para Mateo. Una vez me robaron una cámara en la calle. Un patrullero me subió para ir a buscar a los que supuestamente la robaron. No la encontramos, obvio. Mateo sigue abrazado a mí. Cristina saca el celular y marca un número. «Voy a llamar a Lorena». Lorena es la prima de Cristina que es abogada y trabaja en una unidad judicial de un barrio jodido. Bah, todos los barrios son jodidos ahora, pero ese en particular lo fue siempre. Lorena va a saber qué hacer. Es la única abogada que conocemos, por lo menos conocemos una. Siempre dije que nuestra profesión nos hacía vivir en un frasco de mayonesa. Somos los únicos que no tenemos amigos abogados y contadores. Y siempre se necesitan de los dos. Escucho que Lorena no puede creer lo que Cristina le cuenta. Le pregunta a dónde nos llevan. «¿A dónde nos llevan, a qué seccional?» pregunta Cristina. «A la quinta» contesta el que maneja. «Ya salgó para ahí, en un rato llego» escucho que dice Lorena. Cristina corta, se la nota enojada. ¿Por qué estará enojada? «Los hijos de puta entran por una puerta y salen por la otra y a nosotros nos hacen esto» dice entre dientes. Tiene razón.

Hice los deberes, cumplí mi parte. Lorena tenía razón, fue rápido y ya estoy en casa de nuevo. Ahora lo único que tengo que hacer es quedarme quieto, esperar a que los asuntos judiciales sigan su curso. Los noticieros ya hicieron el máximo de esfuerzo que están dispuestos a hacer, ahora van a refritar las mismas notas de esta mañana todo el día. Por suerte se puede confiar en su ineptitud y su mercantilismo, ya no va a haber cámaras ni cronistas en la puerta de mi casa. Queda un solo patrullero en la esquina y dos consignas en la cuadra, sobre la vereda de enfrente. Menos de treinta y seis horas y ya parece que nada sucedió. A mí me duele todo todavía, estamos presos en nuestra propia casa, mañana de nuevo milanesas de pollo con puré. Pero salvo eso, sobrevivimos.

Mateo va a faltar a clases toda la semana. Mi suegra va a ir mañana a la escuela a explicar lo que pasó, supongo que no habrá problemas. A Mateo le va demasiado bien en la escuela. Los primeros años fue mérito de Cristina que lo acompañaba en las tareas y lo ayudaba a estudiar. Después me toco uno o dos años a mí por la siesta. Hoy ninguno de los dos necesita estarle encima porque él ya sabe qué tiene que hacer. Pero de todas formas, faltar a la escuela es un bajón. Hay que pedir deberes, completar carpetas, se te juntan las pruebas cuando volvés. A Mateo no le hace gracia faltar a la escuela. Adora los feriados y los paros de colectivo porque no hay clases, pero faltar no le hace la mínima gracia.

Cristina pidió dos días en el trabajo, el miércoles ya tiene que volver. No me gusta la idea de que ande sola, pero no quiso pedir más días. Yo sé que no le es tan fácil pedirlos y no está en una posición para tener problemas en el trabajo, pero me da miedo que ande sola. Miedo, no sé si la palabra es miedo, pero no me gusta la idea.

Yo tengo muchos francos disponibles de cuando cubrí las vacaciones de mis compañeros de trabajo. Ya le avisé a mi jefe que no voy a ir esta semana, le expliqué lo mínimo posible. Tampoco me gusta faltar tanto porque sé que a él se le hace un lío encontrar con quien cubrirme. No le conté todo porque no me gusta andar haciéndome la víctima. Hay gente que en cuanto le pasa algo se aseguran de que todo el mundo lo sepa para que estén pendientes, para sentir que piensan en ellas. A mí me gustaría que nadie se enterara. Es más, me gustaría haber estado más lúcido después de matar a esos hijos de puta y no haber llamado a la policía. Pero eso lo pensás mucho después. Estamos programados para hacer lo correcto. Es decir, lo que te enseñan que es lo correcto. Me hubiese gustado estar más lúcido y buscar la forma de deshacerme de los muertos sin que nadie se entere. No creo que hubiese sido posible, realmente no veo cómo hubiera podido hacerlo. Pero hubiese sido lo ideal. Tíralos sin que nadie me vea en el baldío de la esquina y hacerlos pasar por pelea entre bandas. A la policía no le hubiese costado mucho crearlo, los dos tenían antecedentes

y hubiesen intentado cerrar el caso lo antes posible. Los medios, bueno, pelea entre bandas con el narcotráfico de fondo va como trompada. Les encanta esas cosas, así que no hubiesen investigado demasiado para variar. Pero después están los vecinos, los testigos, siempre hay alguien que abre la bocota y arruina todo.

También estaría el problema de mi familia. Ya suficiente tienen con lo que pasó, no podría sumarles ser cómplices de esa mentira. Aunque sea para nuestro bien, para evitar todo esto a lo que estamos expuestos. Bah, capaz que si se los explicaba hubiesen entendido. Sí, hubiesen entendido pero tarde o temprano la mentira les hubiese pesado demasiado. Ya suficiente tienen los pobres.

Tenemos que tratar de retomar nuestra vida, nuestra rutina. Cristina va a empezar antes, el miércoles. Todavía no estoy seguro de que esté bien que vaya a trabajar el miércoles, pero no puedo detenerla. Pero tarde o temprano tenemos que retomar nuestras vidas. Lo que pasó, al final, podría haber sido mucho peor. Mucho. Podríamos estar muertos, todos o alguno. No sé lo que haría si algo le pasara a Cristina o al Mateo. Ahora que maté sé que mataría aunque no fuera en el momento para defenderme. También lo haría para vengarme. Si algo le hubiese pasado a Cristina o al Mateo y ellos se hubiesen escapado los buscaría y les quemaría la casa con toda la familia adentro. Ahora que maté, sé que podría hacerlo. Y sé también que en ese caso no zafaría de la cárcel, pero no me importa. Es lo que un hombre debe hacer, aunque después termine en la cárcel. Porque es mejor tener que lidiar con asesinos y violadores en Bower que con los fantasmas de tu propia cobardía, con ese sentimiento de que el balance universal no está nivelado. No tengo ninguna duda de que mataría por venganza si algo le hubiese pasado a Cristina o al Mateo.

Pero los tres estamos bien, lo que pasó pronto va a ser solo un mal recuerdo. Y cuando aparezcan las primeras secuelas morales de vivir con un asesino, si es que aparecen, el recuerdo va a ser tan vago que siempre voy a poder moldearlo a mi conveniencia. Me voy a encargar de ser cada vez más héroe, más víctima, más indefenso.

La única diferencia con el tipo que está sentado al frente es que él está esposado y yo no. Por lo demás, estamos iguales. Esas son las injusticias de la justicia que hace que los hombres hayamos perdido la fe en ella. No prejuizo, capaz que hasta sea inocente el pobre, que lo hayan levantado por portación de rostro, gorra, cicatrices y tatuajes. Pero para los fines prácticos, a él se lo acusa de haber actuado contra la ley. Yo, por el contrario, estoy acá por defenderme y defender a mi familia. Y sin embargo estamos iguales. No puedo levantarme e irme si quisiera. No puedo tener mi celular, jugar a los jueguitos si se me antoja. No tengo esposas en las muñecas pero es como si las tuviera.

Lorena está adentro discutiendo con el secretario del fiscal que vino porque ella se lo pidió, le debía unos favores parece. Me dijo que me quede tranquilo, yo estoy tranquilo. Me rompe las pelotas estar acá, pero estoy tranquilo. Algo me dice que sería al pedo no estarlo, no ganaría nada poniéndome nervioso. Un infarto, capaz, pero nada más. Si no estaría dopado me dolería tanto la cabeza que no podría ni estar sentado. La mierda, tengo miedo de que la morfina se vaya. El dolor acobarda más que un revólver en la nuca. El dolor, el hambre, el frío... No sabemos lo que tenemos hasta que no lo tenemos más. La puta madre, es tan fácil perderlo todo. Apuesto mi vida que muchos de los que hablan y se rasgan las vestiduras no tienen idea. Ya estoy engranando de vuelta, calmate, no sirve de nada ponerte así.

Cristina y Mateo me acompañaron pero no los dejaron pasar acá. Están allá afuera, en la recepción de la comisaría. A ellos sí les dejaron los celulares, Mateo debe estar jugando al Ruby Run... Pobre Mateo, me da bronca pensar que a los diez años ya tuvo que pasar por algo así. Yo no pasé por nada parecido en mi niñez. Cuando éramos chicos andábamos en la calle hasta la noche, no había celulares para encontrarnos, desaparecíamos hasta la hora de la cena y ningún chico se preocupaba por otra cosa que no fuera perder el bochón o caerse de la bici al andar sin manos. No es que tuviese muchos amigos ni mucho menos, pero treinta y pico de compañeros del cole y una decena de vecinitos del barrio; y no conocía a nadie a quien lo hubiesen asaltado en la casa... Por un momento me pongo a revisar lo atinado de esa estadística, ¿será que la muestra es representativa? No tengo idea. Pero la cuestión es hoy en día tenés suerte si llegás a los dieciocho sin ver de cerca el cañón de un arma. Y no hay forma de saber cómo va a reaccionar la mente de un niño a este tipo de cosas. Seguro la sicología tendrá sus teorías, a mí no me sirven. Yo, como padre, ¿qué puedo hacer para que a él no lo marque de por vida haber pasado por esto? Capaz sea yo el que tengo que ir al sicólogo para aprender a acompañarlo en hacer este duelo a su invencibilidad. A mi invencibilidad.

Lorena aparece en la puerta y me hace señas de que pase. La verdad es que el tipo

de la gorra y los tatuajes está mucho peor que yo, él no tiene una Lorena que lo ayude en estos trámites. Me mira con bronca y curiosidad, se habrá estado preguntando qué carajo hace un gringo rectangular en esta situación, sin esposas en las muñecas pero como si las tuviera.

Me siento en la silla que me dejaron de este lado del escritorio. Del otro lado el ayudante fiscal, el secretario y Lorena. Los tres hablan como si yo no estuviera, en esa jerga que solamente ellos entienden. Ninguno de los tres me mira siquiera, para eso me hubiesen dejado en casa. No, Lorena dice que tenemos que hacer todo como si realmente me estuvieran procesando o como se diga para no levantar sospechas. Hay un trasfondo medio oscuro en todo esto, pero confío en ella. O sea, oscuro para el resto de la sociedad. Por un lado, pienso, me da por las bolas tener que estar dando explicaciones por lo que cualquiera hubiese hecho en mi lugar. Pero por el otro, me doy cuenta que no estoy dando una puta explicación, en realidad. No sé qué pensar, solo quiero que termine lo antes posible para poder irme a dormir a mi casa. Para colmo, siento que de a poco el dolor de cabeza vuelve. Vuelve con fuerza. Debería decirles que dentro de poco me van a tener que dar algo para el dolor pero no quiero interrumpirlos.

«¿Legítima defensa o vamos por la inimputabilidad? Yo digo que lo resolvamos por lo primero, todo encaja dentro de la figura. De última intentamos lo otro, aprovechando que se desmayó y cuando volvió en sí no se acordaba lo que pasó. Tenemos el testimonio del médico que lo atendió y del oficial que estaba a cargo». Escucho las palabras y me las confundo con todas las películas *yankis* que ví. Bueno, todo parece una película. Estamos tan acostumbrados a reconocernos en las historias de la pantalla que muchas veces a nuestra propia vida le ponemos un marco y la miramos como si tuviésemos un balde de pochoclo en las manos. Espero que este policial no se me convierta en drama, la puta madre. O en una de Wes Craven.

«Vamos a fijar domicilio en tu casa y no vas a poder salir hasta mañana que te vamos a llamar para la indagatoria». El secretario por fin me habla a mí. «Mañana en la indagatoria vas a contar lo que pasó, con lujos de detalle lo que ellos hicieron, cómo te pegaron, cómo amenazaron a tu hijo, que estaban violentos, muy violentos, que temías por tu vida y la de tu familia y después no te acordás de nada más. Lorena te va a explicar bien cómo sigue la cosa». Me queda claro como el agua. ¿Ahora será el momento de pedirles un analgésico?

Anochece.

Mañana martes va a parecer domingo de nuevo. Ya estamos preparándonos para acostarnos. «No te olvides de poner la alarma» me dice Cristina. Asiento y le doy un beso en la frente. Mateo está lavándose los dientes, yo me quedo a poner a cargar el celular.

Entra un mensaje de texto.

«los vendieron, la cana se borró».

No me hace falta salir a la calle para saber que es cierto. Sabía que no íbamos a poder quedarnos en casa, ni siquiera en el barrio. La puta madre. Les grito a Cristina y a Mateo para que bajen con lo puesto, tenemos que ser rápidos, no tenemos mucho tiempo. Espero que podamos ir a lo de Tito antes de que estos hijos de puta nos maten a todos.

FIN

Agradecimientos

A todos los betareaders que con su opinión me ayudaron a decidirme a publicar este relato. A Fede por su muy pertinente devolución. Y sobre todo a Celene por su consultoría legal y técnica.



CARLOS FILIPPA (Santiago del Estero, Argentina, 1972). Desde 1990 vive en Córdoba. Licenciado en Cine y TV en la Universidad Nacional de Córdoba, fue premiado nacionalmente como realizador de cortometrajes.

Su novela inédita *Aves de Carroña* recibió la Mención Especial en el Premio Estímulo a la Creación Literaria y Teatral del año 2000 (Premio Nacional de las Artes).

Desde mediados del 2003 hasta principios del 2005, escribió para su weblog *Los Dedos del Manco* sobre literatura, cine, actualidad y afectos personales.

Actualmente se dedica a la docencia en la Universidad Nacional de Córdoba y en la Universidad Blas Pascal.